

SERMON HOMILÉTICO

SOBRE LA SANTA CRUZ.

(Puede aplicarse á Invención y Exaltación.)

Eccè mundus totus post eum abiit.
He aquí que todo el mundo se
va en pos de Él.

(Joan. XII-19.)

Palabras proféticas, mis amados hermanos; tan proféticas como las del agorero Balaam, obligado, á pesar suyo, á bendecir á los hijos de Israel, cuando había sido llamado precisamente para maldecirlos desde las tiendas de Moab; tan proféticas como las de las Sibilas sobre el advenimiento del Salvador; tan proféticas como las de Caifás sobre la destrucción del pueblo judío, y la necesidad de morir uno sólo para salvar á todos, absolutamente todos los hombres; que el Dios que sabía poner en los labios de mentidos profetas palabras de engaño para castigo de su pueblo, sabía también sacar de esos mismos labios palabras de verdad para que el justo y el impío, el amigo y el adversario, fueran testigos irreprochables del cumplimiento de las profecías y de los decretos de lo alto.

Las frases de los hombres de la Ley, que acabáis de oír, pronunciadas en ocasión solemne y decisiva, cuando las turbas no podían ya resistir á la evidencia de tantos prodigios, cuando el Cristo se les escapaba, por lo tanto, de las manos, cuando por lo mismo debían hacer el último y supremo esfuerzo para ahogar su voz y borrar su memoria, constituían, sin saberlo ellos mismos, la profecía más augusta, el mejor y más

sublime vaticinio y el encomio más celebrado de esa Cruz adorable, en la cual y por la cual venció el Salvador al príncipe de las tinieblas; mientras vivió pobre, oscuro y desconocido, sin tener una piedra en qué reclinar su cabeza, según su propia inefable afirmación, fué objeto de incesante contradicción para los mismos que venía predilectamente á escoger; pero cuando subió, para colmo de ignominia, sobre el afrentoso patíbulo que le prepararon, todos los pueblos se precipitaron á sus pies; y lucharon con tanta fe y con tan decidido entusiasmo, que los Reyes tomaron al fin esa Cruz y la colocaron sobre su cabeza, sobre su pecho y sobre sus hombros, á la vez que los cristianos la colocaban, saliendo de las Catacumbas, sobre las cúpulas de sus templos, sobre las banderas de sus ejércitos y sobre los sepulcros de sus gloriosos finados.

No vengo, pues, á hablaros precisamente en esta ocasión de los triunfos, digámoslo así, particulares, por más que sean muy preciados y valiosos, de la Santa Cruz en su Invención y Exaltación gloriosísimas de que indudablemente habéis escuchado detalladas grandezas en la festividad presente: hago por hoy caso omiso de la curación de Constantino, regenerado en las santas aguas del bautismo, interior y exteriormente por la mano del Pontífice Silvestre, mejor que en el impío y sangriento baño que le preceptuaban los Hipócrates de la ciencia gentilica: no hablaré de su piadosa Madre Santa Elena, que halla esa Cruz, después de la victoria conseguida por el Emperador convertido, contra el tirano Majencio en virtud de la señal de esa Cruz aparecida entre resplandores en el cielo; no de las preces y lágrimas del obispo de Jerusalén, Macario, para descubrir la verdadera entre las tres encontradas en las entrañas del Calvario, ni del milagro que la determina finalmente; tampoco de la cautividad de ese sagrado leño en Persia, como del antiguo pueblo que en ella crucificó al Mesías, en Babilonia; ni de las victorias de Cósroas, ni de sus tres sucesivas derrotas, ni de la desgraciada muerte de este Monarca y de su hijo mayor Medarses, dada por el nuevo Caín de la familia real

persa, Siroes, ni de la recuperación de la Santa Cruz por el piadosísimo Heraclio, ni de su conducción en hombros del mismo al monte Moria de la alianza nueva, ni del cambio de sus vestiduras, mediante el consejo del Prelado Zacarías en vista de otro estupendo prodigio, ni de este nuevo Triunfo y Exaltación de la Santa Cruz: de nada de eso, hermanos míos, vengo detallada y precisamente á hablaros en la ocasión del momento; que el triunfo general, que la victoria profética y anticipada de esa Cruz gloriosa en su Invención, gloriosísima en su Exaltación, trasformadora en la adoración constante de todo el orbe católico, se encuentra, ciertamente, en el cap. XII del Santo Evangelio de San Juan, el cual puede apellidarse capítulo de *La Cruz* por excelencia y antonomasia; y en su explanación, aunque imperfecta y breve de todo punto, veréis comprobada la razón, la verdad y la experiencia de las palabras de los fariseos que pongo por tema de mi discurso: *Todo el mundo se va en pos de Él: sí, mis hermanos; la Santa Cruz, patíbulo afrentoso primero, oculta y aprisionada después, será, no obstante, señal de triunfo y de gloria hasta la consumación de los siglos, á pesar de todos los esfuerzos del infierno.*

Cruz adorable y santa: el cielo te rodeó con sus resplandores, la Iglesia te celebra con sus himnos; y yo, en este día, al pedirte inspiración para fijarte, gloriosa, en el corazón de mis oyentes, interpongo la mediación de la Mujer que permaneció fija é inmóvil ante ti, saludándola con la frase del Arcángel de la Fortaleza:

AVE MARÍA.

Es regla exegética, precisa é indudable, que para apreciar debidamente y en toda su extensión el sentido y la fuerza de las palabras de la Santa Escritura, es necesario establecer y recordar desde luego la ocasión y motivo con que fueron pronunciadas; y bajo este criterio, extractamente hermenéutico, vamos á considerar por principio las que salieron de los labios de los Maestros de la Ley con relación al Maestro Divino.

Seis días antes de la Pascua, dice literalmente la narración evangélica, *vino Jesús á Betania, en donde había muerto Lázaro, al que Jesús resucitó.—Y le dieron allí una cena; y Marta servía; y Lázaro era uno de los que estaban sentados con Él á la mesa.*

Basta, mis hermanos, basta; no citemos por ahora más letra santa: San Agustín, exponiéndola como él sabe hacerlo, nos presenta, en un bello y admirable golpe de vista, todos los detalles supremos de esa cena misteriosa: Lázaro, dice el Santo Doctor, es allí la primera y más resaltante figura, porque no se creyera que su resurrección había sido un engaño á la plebe crédula: vivía, comía, hablaba; se ostentaba la verdad y se confundía la incredulidad; nada se escapa al ojo investigador, á la imaginación viva y fecunda del Doctor de la Gracia, según costumbre; y en pocas, pero admirables sentenciosas frases, nos habla de Marta, la solícita y hacendosa, que á la mesa servía con la diligencia en ella por el Salvador alabada; de María, la que supo escoger la parte mejor, viniendo otra vez á los pies de Jesús para derramar sobre ellos sus misteriosos perfumes; de las atrevidas palabras de Iscariotes; de las admirables del Hijo de Dios, en cumplida respuesta á la objeción hipócrita y calculada del desleal discípulo; de las turbas que se agolpaban á las puertas del aposento para ver, no precisamente á Jesús aquella vez, sino al resucitado Lázaro; del pensamiento, en fin, de los príncipes de los sacerdotes, de dar muerte al que acababa de abandonar el sepulcro, porque aquel hombre vivo por milagro, era causa de que muchos judíos creyeran en el Nazareno.

¡Y qué bello, y qué oportuno, y qué felizmente conciso y expresivo á la vez está el Santo Padre al ocuparse de este necio propósito y de esta ciega crueldad, como la apellida! Pero pasemos adelante, para insistir en las posteriores palabras de los desesperados fariseos.

Y el día siguiente, una grande muchedumbre de gente, que había venido á la fiesta, cuando oyeron que Jesús venía á Je-

rusalén.—Tomaron ramos de palmas, y salieron á recibirle y clamaban: Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel.

Comenzamos, mis hermanos, á iniciarnos en los misterios del triunfo universal de la Cruz de Jesucristo; que mientras ese Rey de Israel penetra en Jerusalén sobre el lomo de una pollina, y se verifica la ovación verdaderamente popular, sincera y espontánea que la Iglesia conmemora en el primer día de la Semana Mayor, el pensamiento concebido en la mente de los príncipes de los sacerdotes ante la mesa de Lázaro, va creciendo y germinando, y desarrollándose, como va creciendo y germinando y desarrollándose la idea buena, y salvadora, y noble, entre el pueblo sencillo, bueno y noble también, entre el verdadero pueblo, pacífico y tranquilo, no entre las turbas levantiscas y mercenarias que esos hombres sabrán poner muy luego á disposición del discípulo traidor, y en las casas de Anás y Caifás, y ante el pretorio de Pilato, y en el camino del Calvario, y enfrente de la Cruz del Salvador..... vamos á oírlos ya expresar á las claras todo ese pensamiento, enunciado en esa expresión, la más admirable profecía de los futuros triunfos de la Cruz de Cristo.

Y daba testimonio la mucha gente que estaba con Jesús, de cuando llamó á Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos.—Y por esto vinieron á recibirle las gentes; porque habían oído que Él había hecho este milagro.—Mas los fariseos, dijeron unos á otros: ¿No veis que nada adelantamos? mirad que todo el mundo se va en pos de Él.

¡Vaticinio misterioso y profundo! Ya Zacarías, mudo espectador de una visita inefable y de las hazañas del Precursor encerrado en el vientre materno, y del hecho de su nacimiento verdaderamente popular en las montañas de Hebrón, había cantado entre sus primeras frases de gratitud, al ver roto el impedimento de su lengua, atada junto al altar de los perfumes: *¡Salutem ex inimicis nostris!* ¡Los judíos nos conservan los Libros Santos! ¡El gentilismo nos presta sus anales! ¡Los

Maestros de la Sinagoga profetizan la gloria del Salvador del mundo!

Profecía, por otra parte, mis hermanos, que parece comienza á cumplirse en el acto; porque inmediatamente después de emitidas esas frases gloriosas, aun antes de que el Salvador las confirmara con otras suyas que vais á escuchar muy luego, algunos gentiles que allí se encontraban, atraídos por la fama de los prodigios del Dios de Israel y por la grandeza que se desplegaba en su adoración, se llegan á Felipe, solicitando ver al Salvador, y Felipe, y Andrés, lo hacen presente á Jesucristo: ¡Agabo, Rey de Edessa, escucha la palabra divina! ¡Pueblos todos, que vais á ser redimidos é iluminados en la Cruz, de rodillas! ¡Va á hablar el Hijo del Hombre!

Y Jesús les respondió, diciendo: Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre.—En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra, no muere, él sólo queda: mas si muere, mucho fruto lleva.

¿Para qué seguir leyendo, señores? yo veo ya la Cruz, semilla, bendita y fructífera, arrojada en lo alto del Gólgota, y derramada desde su cumbre enhiesta por toda la tierra; yo veo esa Cruz bendita y gloriosa, encontrada por millares de pueblos, exaltada por miles de naciones, disputada, y repartida en pedazos, de Oriente á Occidente, y de Septentrión á Mediodía, en todos los climas, y en todas las latitudes, y entre todas las razas, y entre todos los idiomas, para que se realice, en toda su extensión admirable, el sentido de la parábola del armador fuerte; ¡repartirá sus despojos! *¡Spolia ejus distribuet!*

Pero el alma de Jesús está turbada; pero el escándalo farisáico acrece; pero la Pasión se acerca.—*Padre, sálvame de esta hora.—Padre, glorifica tu nombre;*—y oigo la voz que responde:—*Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré.*—¿Dónde? ¡en la Cruz! sí en la Cruz, ante el desquiciamiento de la naturaleza; ¿dónde? en Roma, derrocando al Capitolio; ¿dónde? en Jerusalén, encontrando la verdadera; ¿dónde? en Persia, abatiendo su orgullo insolente, como el de los filisteos

el Arca cautiva; ¿dónde? en la Puerta Judiciaria, humillando el manto y la púrpura del Emperador Heraclio; ¿dónde? en los campos de las Navas de Tolosa para los españoles oprimidos por los agarenos; ¿dónde? en todo el mundo, hasta en las islas más remotas y desconocidas, y ante la persecución, la muerte, la impiedad y el abismo.

Y mientras la multitud que rodea al futuro Crucificado, sin comprender aún el misterio de la Cruz, pero espantada de voz tan formidable, la atribuye, nuevo prodigio de Samuel, á un trueno en serenidad de aire, ó al acento de un espíritu celeste, Jesús va á confirmar toda esa profecía y doctrina, si bien ante un pueblo ciego, que sólo ve en la Cruz material el patíbulo de los facinerosos, y para el cual, por lo mismo, no podía ser esa Cruz, en frase del Apóstol, sino escándalo, como para las Gentes locura: ¡no podían, pues, comprender la invención de la vida y de la salud en esa Cruz admirable, ni la exaltación del hombre, por ella, ni el triunfo de la humanidad entre sus adorables brazos!

Respondió Jesús, y dijo: No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros; ahora es el juicio del mundo: ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo.—Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mi mismo.

Y añade, muy oportunamente el amado discípulo, representante del género humano al pie de la Cruz, *que esto lo decía para mostrar de qué género de muerte había de morir: ¡calla tú, si lo sabes, hijo del trueno! ¡deja paso á la gloria de la Cruz, para que consumado el sacrificio se inunde el universo con los resplandores de esa Cruz, que tú contemplaste tan de cerca!*

¡Y ciego seguía entretanto el pueblo escogido! ¡como ciego hoy el mundo que no conoce, ó no quiere conocer á Cristo! ¡como ciegos los pseudo-filósofos, é ilustrados sabios á la moderna! ¡como ciegos los malos cristianos, los hijos de Belial, los que quieren adorar, á la vez, en Jerusalén y en Samaría! ¡oid los pronunciar las mismas palabras que los hebreos!

Y la gente respondió: nosotros hemos oído de la Ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Pues como dices tú: conviene que sea alzado el Hijo del Hombre? ¿Quién es este Hijo del Hombre?

Y la gente de hoy, hermanos míos, y los modernos libre-pensadores, y los cristianos débiles, y los hombres de poca fe, y de menos corazón, que abundan tanto, por desgracia, entre nosotros, responden sin cesar con verdadera impudencia, con asqueroso é intolerable cinismo á las palabras de la Invención y de la Exaltación de la Cruz, y de la Religión, y de la sociedad, en ella: *pasó ese tiempo de fanatismo y de preocupaciones lamentables por todo extremo: esa Cruz tuvo su época y su fin, y su misión en el mundo: ya lo estáis viendo* (nos añaden insolentes), *según la Ley, el Cristo debe permanecer para siempre, y dominar y..... y dominar, sí señores, dominar, podemos responder nosotros: y aunque tratáis de reproducir en parte, y á vuestra manera, la objeción de las turbas judáicas; aunque de la humillación actual en que os parece y regocija ver á la Cruz; aunque las persecuciones, y la propaganda impía, y la conducta de las potestades seculares, y todo, en fin, conspire contra esa Cruz, contra esa religión contra ese Cristo, ese Cristo y esa Cruz y esa Religión, dominadora, como vosotros decís, ó dominada, como queréis verla, permanece y permanece secreta y misteriosamente gloriosa y exaltada, porque es árbol de vida que lleva en su tronco y en su raíz gérmenes abundantes de fortaleza, de salud, de poderío y de gloria.*

Oid, si no, ya para concluir mi pobre y corta exposición, al Salvador del mundo, respondiendo á esa turba, que como vosotros no comprende toda la fuerza de la Cruz, porque no sorprende santamente su más íntimo y adorable secreto, el secreto de los dolores, de las persecuciones, de la humillación y del sacrificio, del heroísmo y de la abnegación, de todas las virtudes, en fin, que vosotros no conocéis, porque jamás intentáis siquiera practicarlas; oid esas palabras, y temblad, porque

ellas son vuestra condenación más explícita, á la vez que la confirmación de mi tesis sobre el poder eterno y la grandeza perdurable de esa Cruz siempre perseguida por las tinieblas.

Y Jesús les dijo: Aún hay en vosotros un poco de luz: andad, mientras tenéis luz, porque no os sorprendan las tinieblas; y el que anda en tinieblas no sabe á dónde va.— Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.....

¡Hijos de la ilustración moderna, abrid por fin los ojos! es la luz misma, increada, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, la que se digna hablaros; y cuando os asegura que aún hay en vosotros *un poco de luz*, alude á esa que brilla en vuestra frente, como participación de la luz eterna, en vuestros adelantos, en vuestro progreso, en las bondades que os dispensa en ese terreno, y en los misterios del orden natural y científico que se digna descubrirnos para que, como los antiguos filósofos y primitivos pensadores cristianos, vengáis desde vuestras escuelas al aula eterna de la Cruz, y por el conocimiento de esas verdades, al de la verdad esencial, cuya fuente se abrió, una vez más, para el mundo sediento de ella en ese árbol, y en esa Cátedra Sagrada; es el resplandor, oscilante, por desgracia, pero vivo todavía, en esa frente, manchada y oscurecida por las tinieblas de mentidos fuegos fatuos, de esa señal que con la Cruz fué formada en ella al ser recibidos como discípulos del Cristo; pero escuchad, y temblad, que ese resplandor puede apagarse, porque las gracias divinas menospreciadas constituyen el crimen más espantoso para el hombre: mirad que el resplandor de esa Cruz alumbró al facineroso convertido, y al endurecido criminal en muy diversa manera, como al Centurión, y á unos pocos, mientras á otros perdió para siempre porque no escucharon, como el Areopagita, la voz siquiera de la naturaleza; mirad que atrajo á la Magdalena, y rechazó á Iscariote; *mirad que sois hijos de la luz, y que el que anda en las tinieblas, no sabe dónde va*, en expresión y amenaza formidable de la Verdad eterna.

Pero, ved más todavía: *Esto dijo Jesús, y se escondió de ellos*: y repasad un instante siquiera los restantes versos del cap. XII de San Juan; y ved cómo el discípulo del amor deduce las consecuencias funestas de esas palabras para vosotros, y de la retirada del Salvador y de la Cruz de vuestros corazones, recordando el cumplimiento de las profecías espantosas del hijo de Amós á este propósito; y decidme luego, qué sería del mundo moderno, con todas sus luces, y sus adelantos, y su civilización, y su progreso, si la Cruz se ausentara por un momento de él: no se ausentará, no, señores; pero triunfante ó menospreciada, victoriosa ó abatida, esta señal, diré con la Iglesia, ha de aparecer otra vez en el cielo, no para dar ya la victoria á Constantino sobre Majencio, sino para darla al Cristianismo sobre la impiedad, á la Religión sobre la incredulidad moderna, á los justos sobre los perversos; para juzgar, en fin, al mundo, culpable de no haberla sabido encontrar, ni exaltar, ni reconocer sus beneficios, sus triunfos y grandezas.

Jesús Crucificado, dulce dueño mío, no os escondáis: Cruz Santa, teñida con la sangre de mi Dios, no ocultes, no, los amantes brazos y el misterioso seno en que sostenías al *Hijo del Hombre*: todo el mundo va en pos de ti, á pesar de los esfuerzos de la impiedad en todas las épocas; tú, según la palabra inspirada y profética de la Iglesia, vences, reinas, rechazas todo crimen; tú, curación de llagas, restitución de salud, árbol del Paraíso nuevo, reproducción de la mosaica vara; sálvanos, buen Jesús Salvador, por la virtud de esa Cruz, como salvaste á Pedro en el mar, del proceloso de esta vida, y condúcenos, timón seguro, al eterno puerto de la Gloria.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE LA SANTA CRUZ.

Ecce mundus totus post eum abiit.

He aquí que todo el mundo se va en pos de Él.

(JOAN. 12, 19.)

Exordio. Palabras proféticas, las del texto, como las de Balaam, Caifás, y las Sibilas.—Ocasión en que son pronunciadas.—Preterición sobre la Invención, Exaltación y Triunfo de la Santa Cruz en todos sus detalles.—El capítulo 12 de San Juan, *capítulo de la Cruz*.—Voy á proceder á su exposición para probar, que la Santa Cruz, primero afrentosa, oculta y despreciada, será, no obstante, señal de triunfo de gloria hasta la consumación de los siglos, y á pesar de todos los esfuerzos del infierno.—Invocación á la Santa Cruz.

Regla exegética, inmediatamente aplicada.—Con qué motivo fueron pronunciadas las frases del texto.—La cena en casa del resucitado Lázaro.—Bellísima exposición de San Agustín.—Prosecución del texto evangélico en el capítulo citado.—Las turbas del día siguiente y los ramos.—Primer triunfo profético de la Santa Cruz.—Recuerdo del milagro de Lázaro por ellas.—Palabras de espanto y desaliento de los fariseos, que son las del tema.—¿No veis que nada adelantamos?—Mirad que todo el mundo se va en pos de Él.—Gran profecía de la Cruz.—El *Salutem ex inimicis nostris* comienza en cierto modo á cumplirse luego.—Deseo de los gentiles por ver al Salvador allí mismo.—Su presentación por Felipe.—Palabras de Jesucristo.—El grano arrojado á la tierra.—Se realiza en la Cruz, como la parábola del *fuerte armado*.—La turbación de Jesús.—Sus palabras al Padre.—La voz y el trueno.—Glorificación de la Cruz para lo porvenir.—Pareceres de los circunstantes.—Palabras de Jesús.—El príncipe de las tinieblas arrojado del mundo.—*Elevado de la tierra atraeré allí todas*

las cosas.—Comentario del Evangelista á estas palabras.—Aplicaciones á la Cruz.—Objeción de las turbas.—Aplicación al lenguaje de los modernos.—Desprecian la Cruz por que la ven humillada.—El secreto de su grandeza en la persecución.—Terribles frases del Salvador.—*Aún hay en vosotros un poco de luz*.—Aplicación á este siglo.—La luz natural y las bondades de Dios en el descubrimiento de la naturaleza.—motivos de temor.—Termina el sagrado texto con la ocultación de Jesús.—¡Qué será de todas estas luces, si la Cruz se ausenta!—Y sin embargo, ausente en un país, brillará en otro, y al cabo, en el día del eterno juicio del universo.—Exhortación y súplica.